

El contexto político del debate Anderson-Thompson: lucha de clases y Partidos Comunistas en 1948-1968

Alejandro Kurlat

Universidad de Buenos Aires

akurlat@hotmail.com

Resumen

El siguiente artículo intenta recuperar algunos de los elementos políticos y contextuales que subyacen a las elaboraciones de los intelectuales de izquierda europeos de la segunda posguerra (1948-1968). El punto de partida del mismo son las posiciones políticas expresadas por E.P. Thompson en la *New Left Review* (1960), recogidas por Perry Anderson en su polémica con el anterior. La temática de dicho debate es la transición al socialismo y el carácter de la revolución. Para analizar estas cuestiones se desarrollarán dos aspectos: las concepciones políticas de los Partidos Comunistas del periodo (y su evolución histórica), y las condiciones políticas generales de la etapa abierta tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial, tomando como límite el Mayo Francés.

Introducción

El propósito de este trabajo es indagar acerca de algunos aspectos de las condiciones políticas en las que se gestaron en la segunda posguerra y hasta el Mayo Francés (1948-1968) las corrientes intelectuales de izquierda en Europa -entre las cuales se encuentran las que Perry Anderson denomina “marxismo occidental” y “socialismo humanista”-. Estas condiciones fueron determinantes para moldear los sistemas filosófico-políticos de dichas corrientes, aún en toda su diversidad. En particular, nos concentraremos en los elementos que contribuyen a comprender la perspectiva estratégica subyacente a la obra de algunos de esos autores. Retomaremos en este sentido el debate abierto por Perry Anderson con el historiador británico E.P. Thompson en *Teoría, Política e Historia*, publicada originalmente en 1980 como *Arguments within English Marxism*.

En dicha obra, Anderson interviene en el debate desarrollado por Thompson con el filósofo Louis Althusser, a través del libro *La Pobreza de la Teoría* de 1978. Estos dos últimos autores, más allá de estar en las antípodas en muchos aspectos de sus elaboraciones, tienen un elemento en común: militaron y fueron formados en las filas de los Partidos Comunistas de sus respectivos países (Gran Bretaña y Francia) en el período que estudiaremos en este trabajo. En los capítulos “El estalinismo” y “Las estrategias” de la obra de Anderson, este autor polemiza sobre los aspectos de la tradición política del “comunismo oficial” que se encuentran presentes en dichos autores, en forma de concepciones subyacentes.

En el capítulo “Las estrategias”, Anderson traza algunas continuidades entre la concepción de Thompson de la revolución socialista (expresada en sus artículos en la *New Left Review* a principios de los ‘60) y las concepciones del PC británico del periodo. Se introduce en ese debate la temática de la relación entre el Estado y la revolución: si predominan los elementos “continuistas-gradualistas” o en cambio, los rupturistas. E.P. Thompson aparece aquí sosteniendo una perspectiva de transformación social con fuertes elementos de “continuismo”, tal como se puede observar en esta cita del autor: “es posible esperar una revolución pacífica en Gran Bretaña con un mayor grado de continuidad en la vida social y en las formas institucionales mucho mayor de lo que hubiera parecido probable hace veinte años” (Thompson, 1960, citado en Anderson, 1985: 209). Esta perspectiva tiene fuertes reminiscencias de la que sostenían los Partidos Comunistas (y en especial el británico) de la época. Perspectiva que, por otro lado, contrasta con la concepción clásica del marxismo y del bolchevismo, centrada en los elementos de ruptura revolucionaria con el régimen político, económico y social vigente.

Este debate es muy interesante para comprender la lógica política que subyace a la obra historiográfica de Thompson. Tomando como punto de partida la genealogía establecida por Anderson, intentaremos rastrear estos “elementos subyacentes” -sobre el problema de la transición del capitalismo al socialismo- en la cosmovisión política de los Partidos Comunistas del periodo: las llamadas “vías nacionales” al socialismo y la pelea por “democracias avanzadas”, en el marco de la “coexistencia pacífica” entre ambos sistemas.

Para estudiar estas cuestiones, el análisis que realizaremos se centrará en dos aspectos. En primer lugar, reconstruiremos las concepciones políticas que tenían en este período los Partidos Comunistas “oficiales” (es decir, los ligados a la URSS). Esto posee importancia ya que los PCs fueron los puntos de referencia centrales e indiscutibles para la mayor parte de la intelectualidad de izquierda, especialmente en Europa. Los distintos autores del “marxismo occidental” y del “socialismo humanista” tomaron como

punto de partida las posiciones o cosmovisiones subyacentes de los Partidos Comunistas, ya sea para criticarlas, para desarrollarlas o para defenderlas (muchas veces refinándolas). Esto hace que, en muchos aspectos, inclusive los autores más críticos hacia los PCs compartieran o dieran por sentados muchos de los elementos constitutivos de la cosmovisión de esos partidos. Según Anderson, esto los diferencia de otras tradiciones políticas e intelectuales como el trotskismo, que desde su nacimiento desarrolló un conjunto de concepciones alternativo (y contrapuesto) al del “comunismo oficial” (1979: 119).

En segundo lugar, desarrollaremos el trasfondo “objetivo” del periodo estudiado, pasando revista a las condiciones generales y los acontecimientos políticos más importantes de la lucha de clases. Como sostiene Anderson, toda la obra del “marxismo occidental” y del “socialismo humanista” estuvo determinada en gran medida por los efectos de la ausencia de revoluciones obreras en Europa Occidental en el periodo estudiado, al mismo tiempo que en el mundo periférico y colonial se desarrollaban importantes revoluciones anticapitalistas, y en Europa Oriental levantamientos contra la dominación burocrática. Solo el Mayo Francés cambiaría hasta cierto punto estas condiciones políticas, al volver a poner (de manera efímera) en el centro del escenario al proletariado de las grandes potencias imperialistas de Europa Occidental. El debate sobre estas condiciones objetivas y su impacto en los intelectuales de izquierda también está presente en el citado libro de Anderson, siendo parte del capítulo “El estalinismo”, y en el libro *Consideraciones...* atravesando toda la obra.

Las concepciones políticas de los Partidos Comunistas en Europa occidental

Para analizar las concepciones de los Partidos Comunistas en la segunda posguerra, reconstruiremos primero algunos elementos del recorrido histórico realizado por ellos en cuanto a su programa y estrategia, partiendo de su momento fundacional. El punto de partida no puede ser otro que el Partido Bolchevique en Rusia, referencia central del movimiento comunista internacional.

La concepción clásica del Partido Bolchevique con respecto al problema del Estado y la Revolución fue desarrollada por Lenin en la obra del mismo nombre, de 1917. En esta obra, se retomaban a la vez los postulados clásicos de Marx y Engels sobre el tema. Se concebía aquí a la revolución proletaria como una ruptura revolucionaria con el régimen existente, constituyendo un nuevo poder político sobre nuevas bases sociales. Esta misma concepción es la que puso en práctica la revolución rusa de Octubre de 1917, rompiendo con las instituciones del Estado burgués y traspasando el poder a los Soviets obreros y campesinos. En el programa del Partido Comunista ruso y de la Internacional Comunista fundada en 1919, se generalizaba esta perspectiva en una estrategia de revolución mundial, en la que la clase obrera debía tomar el poder en todos los países, expropiar a los capitalistas y construir el socialismo a escala internacional.

A partir del triunfo de Stalin en 1924 en la lucha por el poder en la URSS (como subproducto de la degeneración burocrática de la revolución rusa y de la derrota de la oleada revolucionaria europea), el movimiento comunista internacional sufriría una profunda transformación. La doctrina que Stalin enarbolaba –y que expresaba los intereses sociales de la capa burocrática dominante en la URSS–, la del “*socialismo en un solo país*”, significaba una ruptura radical con la tradición internacionalista y revolucionaria del bolchevismo. Esta nueva doctrina se volvería el programa oficial de los Partidos Comunistas del mundo. Con ella, el movimiento comunista cambiaba su orientación

estratégica: ya no se trataba de ordenar su política alrededor de la toma del poder por el proletariado en todos los países, sino de fortalecer el “bastión soviético” a como dé lugar (Mandel, 1977). Esto significaba -en la mente de los dirigentes estalinistas- llevar adelante una estrategia conservadora, donde el orden capitalista global no fuera amenazado para no provocar intervenciones contra la URSS, y donde se mejorara la posición diplomática y militar de la URSS estableciendo alianzas con partidos burgueses o pequeñoburgueses en todo el planeta.

Esta nueva orientación estratégica llevó a una década de zig-zags políticos por parte la dirección estalinista de los PCs de Europa Occidental. Se sucedieron líneas tácticas conservadoras y “ultraizquierdistas”, según las evaluaciones coyunturales de las necesidades de la URSS y la cosmovisión burocrática de sus dirigentes. Estas tácticas en ningún caso llevaron al triunfo de nuevas revoluciones, ni a un avance sustancial de la conciencia revolucionaria de los trabajadores ni de su capacidad de combate. A comienzos de la década de 1930 este problema se puso de manifiesto en toda su extensión con el ascenso del nazismo en Alemania, que significaba una gravísima amenaza existencial para la URSS. La política implementada previamente por la dirección de la Internacional Comunista, conocida como “Tercer Período”, se había mostrado impotente para frenar este ascenso: igualaba a los partidos obreros reformistas con el fascismo, negando toda unidad de acción y condenando a los PCs al aislamiento. Cuando la dirección estalinista constató este fracaso, y sin mediar ningún balance crítico del mismo, lanzó una nueva línea táctica para los PCs de todo el planeta: el Frente Popular. Esta fue aprobada por el VII congreso de la Internacional Comunista, en 1935, y poco a poco fue cristalizando como orientación estratégica y definitiva de todos los PCs.

La política del Frente Popular consistía en la confluencia de las fuerzas políticas “antifascistas”: los Partidos Comunistas debían aliarse con partidos y tendencias reformistas e inclusive liberales, pertenezcan estos a la clase obrera, a la pequeñoburguesía o inclusive a la gran burguesía imperialista. Estas alianzas, para poder llevarse a cabo, debían realizarse alrededor de programas que santificaran la vigencia de los Estados burgueses y de la propiedad privada. Su objetivo no era establecer “gobiernos obreros” o “dictaduras del proletariado”, ni llevar adelante nuevas revoluciones socialistas que expropiaran al capital, sino conquistar “nuevas democracias” o “democracias avanzadas” (Mandel, 1977) que pusieran un freno al avance del fascismo y dentro de las cuales la clase obrera “expandiera” sus conquistas reivindicativas.

Con la línea de los “Frentes Populares” el estalinismo logró establecer una orientación política completamente armónica con la doctrina del “socialismo en un solo país”: los PCs del mundo no debían imitar a la URSS, sino conquistar puntos de apoyo político-diplomáticos para ella en sus respectivos países. En Europa occidental estos frentes llegaron a constituirse y a gobernar en Francia y en España en 1936, imponiendo en ambos casos la asfixia de las revoluciones y huelgas obreras que estallaron en ellos. El triunfo del franquismo en España y la rápida ocupación nazi de Francia fueron el corolario de la política del “Frente Popular”, demostrando su inutilidad en el propio terreno que pretendían jerarquizar. La Segunda Guerra Mundial y la invasión de la URSS no pudieron ser evitadas con esta política, sino que fueron precipitadas por ella (Mandel, 1970).

La lógica del Frente Popular fue aplicada también durante la Segunda Guerra Mundial, bajo la forma de una alianza con los imperialismos “democráticos” contra el nazismo -que implicó la suspensión de toda forma de lucha de clases en el interior de dichos países durante ese periodo. El estalinismo no quería emprender ninguna acción que pudiera incomodar a sus aliados. Parte de ello fue una decisión de enorme signifi-

cado histórico: la disolución en 1943 de la Internacional Comunista, que era vista por la dirección de la URSS como un trasto viejo e inservible. La política de los “Frentes Populares” entraba en contradicción con el internacionalismo proletario, ya que ataba a los Partidos Comunistas de cada país con sus respectivas burguesías nacionales, sus Estados capitalistas y sus regímenes políticos democrático-burgueses. Esta disolución abrió la vía para el desarrollo de la estrategia de las “vías nacionales” al socialismo (contrapuestas a la revolución socialista), que se terminaría de formular en los años siguientes.

Gracias al poderoso prestigio político que los Partidos Comunistas y la URSS poseían en las décadas del '30 y '40, toda una generación de militantes revolucionarios en Europa fue forjada bajo la ideología política de los “Frentes Populares”, en el ambiente de polarización con el fascismo y de tendencia a la guerra civil e internacional -tal como describe Anderson en su capítulo “El estalinismo”, en relación a las experiencias personales de E.P Thompson (1985: 114). Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, esos mismos militantes jugaron un rol muy destacado en la resistencia guerrillera en Europa contra la ocupación nazi. Este rol hizo crecer enormemente a los Partidos Comunistas, volviéndose una fuerza de primer orden en países como Francia e Italia. Fueron estos Partidos Comunistas europeos, mucho más “antifascistas” que socialistas revolucionarios, los que inspiraron a los intelectuales de izquierda de la segunda posguerra –entre ellos los del “socialismo humanista”.

Tras la derrota de los regímenes fascistas en la Segunda Guerra Mundial, los Frentes Populares habían perdido su “razón de ser” aparente, al quedar fuera de escena el peligro de una invasión de estos dichos regímenes hacia la URSS. En los países que el fascismo había gobernado o ocupado (es decir, casi toda Europa continental), su caída dejó planteada la posibilidad de nuevas revoluciones obreras y socialistas –especialmente ante el importante desarrollo de los Partidos Comunistas y de las guerrillas influenciadas por los mismos. En Europa occidental, este era especialmente el caso de Italia y Francia. Sin embargo, el estalinismo rechazó de plano esta posibilidad, optando nuevamente por una orientación conservadora acorde a la doctrina del “socialismo en un solo país”: la firma de los acuerdos de Yalta y Potsdam, mediante los cuales se formalizaba la división de Europa en dos grandes “esferas de influencia”.

Con estos acuerdos, la URSS estalinista conseguía la creación de una “zona buffer” (o “tapón”) en Europa Oriental para garantizar su seguridad, a cambio de consagrar el carácter capitalista de Europa Occidental. Esto llevó a que en esta última región la línea del estalinismo pasara a ser la de los acuerdos de “reconstrucción nacional” junto a la burguesía aliada, que implicaba el llamado de los Partidos Comunistas a formar “gobiernos de unidad” con ella – renunciando a toda posibilidad revolucionaria. Con esta política los PCs impulsaron y consiguieron el desarme de las guerrillas en los países donde tenían una fuerte influencia, favoreciendo la reconstitución de los regímenes burgueses y por lo tanto la estabilización de la situación política europea y mundial.

En este contexto el estalinismo comenzó el primer esbozo de revisión estratégica general del programa marxista en cuanto a la transición al socialismo en los países capitalistas. Aquí es donde se formuló el programa del Partido Comunista Británico de 1951 (“*The British Road to Socialism*”), citado por Anderson en su polémica con Thompson (1985: 205). En este programa, se afirma la posibilidad de la “coexistencia pacífica” entre el socialismo y el capitalismo se rechaza explícitamente la vía del “establecimiento del poder soviético” y se reivindica el principio de la “democracia popular”, siguiendo el ejemplo de los estados de Europa oriental. El centro de gravedad de esta transición sería

el viejo Parlamento británico burgués. Tal como sostiene Anderson en su capítulo “Las estrategias”, es en este programa político reformista en el que fueron formados E.P. Thompson, Eric Hobsbawm y todo el grupo de historiadores británicos del PC.

Luego de la muerte de Stalin, la burocracia soviética reorganizó su estrategia política nacional y mundial en el XX congreso del Partido Comunista de la URSS, en 1956. Fue el famoso congreso de la supuesta “desestalinización”, que criticó fuertemente la figura de Stalin pero conservó intactas todas sus estructuras de dominación burocrática, ya que su objetivo real era estabilizarlas y legitimarlas. Del mismo modo, el Congreso conservó lo esencial de la política internacional estalinista y la llevó todavía más lejos: se buscaba ahora cristalizar en el programa de los Partidos Comunistas la negativa estratégica a impulsar nuevas revoluciones socialistas. La nueva formulación era la “coexistencia pacífica”, que confundía deliberadamente la negativa a involucrar a la URSS en una guerra mundial-nuclear, con la clausura de toda perspectiva revolucionaria en los países capitalistas. De esta manera, la doctrina del “socialismo en un solo país” llegaba a su corolario lógico: la negación explícita de su expansión más allá de la URSS.

El nuevo objetivo estratégico planteado por la dirección post-estalinista era derrotar al capitalismo a través de la “competencia entre sistemas”: por la vía del desarrollo económico, científico-tecnológico y cultural, se pretendía demostrar “la superioridad del socialismo” sin necesidad de vincularse en modo alguno con la lucha de clases. Esta perspectiva se vio favorecida por algunos importantes avances de parte de la URSS en dichos terrenos (altas tasas de crecimiento, éxitos en la carrera espacial y armamentística, etc.), que generaron durante quince años la ilusión de que se iba hacia una “superación” gradualista del capitalismo –hasta que en la década del ’70, la ralentización del crecimiento económico demostró su falsedad y preparó las condiciones para el derrumbe del régimen.

En este nuevo marco estratégico, el PCUS avanzó también hacia una nueva formulación de la política de los Partidos Comunistas en los países capitalistas. Citamos las propias palabras del PC español sobre este aspecto: “El XX Congreso desarrolló también las ideas de Lenin sobre la variedad de formas de paso al socialismo según las particularidades de cada país. El Congreso centró la atención en el problema del paso pacífico al socialismo. Antes, cuando el capitalismo constituía un sistema mundial único, la posibilidad de tránsito pacífico al socialismo era remotísima. En cambio, en la actualidad existe y se fortalece el campo mundial del socialismo, el movimiento obrero y comunista se ha robustecido en todo el mundo, la perspectiva de agrupar a la gran mayoría de la población contra el poder de los monopolios es perfectamente viable; como consecuencia de estos factores, en una serie de países se puede crear tal superioridad de las fuerzas del progreso sobre las de la reacción, que impida a estas últimas recurrir a la violencia para mantener su poder y abra una vía pacífica y parlamentaria al socialismo sin insurrección armada ni guerra civil.” (Comité Central...: 1960)

Esta cita tiene un enorme valor ya que condensa toda la concepción estratégica de los Partidos Comunistas en el mundo a partir de 1956. Como se puede observar, el XX congreso del PCUS termina por cristalizar a nivel programático una transformación socialdemócrata de los Partidos Comunistas, volviendo a la teoría de la “transición gradual” en el marco del sistema parlamentario burgués. Se retrocede entonces a las concepciones reformistas que ya habían combatido previamente Rosa Luxemburgo en obras como *Reforma o Revolución* y Lenin en *El Estado y la Revolución*. Esta polémica había sido precisamente la que llevó a la fundación de los Partidos Comunistas y la Internacional Comunista tras el triunfo de la Revolución Rusa de 1917.

Los PCs desde 1918 se habían fundado sobre la base de una estrategia de *ruptura* con el Estado capitalista y sus instituciones políticas, que inevitablemente debía atravesar tarde o temprano por una fase de insurrección popular y de guerra civil (ya sea para conquistar el poder, para defenderlo de la contrarrevolución burguesa o ambas). El nuevo programa de los Partidos Comunistas post-1956 significaba tirar por la borda todo el legado estratégico de la Revolución Rusa y del movimiento revolucionario de las primeras décadas del siglo XX. Es este nuevo programa el que orientó en lo esencial a los intelectuales de izquierda durante más de una década, por lo menos hasta el estallido del Mayo Francés y de la Primavera de Praga.

La lucha de clases en la posguerra: un mundo con dos ritmos políticos diferenciados

Los elementos “subjetivos” (o ideológicos, estratégicos y programáticos) que desarrollamos en el apartado anterior son solo un aspecto de las condiciones que moldearon la mentalidad de los intelectuales de la posguerra. Para completar el panorama es necesario introducirse en el análisis de las condiciones “objetivas” del periodo, es decir, de las determinaciones económicas y políticas del mismo. Para ello seleccionamos el año 1948 como punto de partida aproximado, ya que es el momento en que el comenzó a estabilizarse un nuevo orden económico y político mundial tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial (Mandel, 1991).

Este orden se caracterizó por algunas importantes innovaciones en relación a la preguerra. Entre ellas, el elemento central (desde el cual se ordena todo el conjunto) es la cristalización definitiva de la hegemonía global norteamericana. Estados Unidos emergió de la Segunda Guerra Mundial como el epicentro del sistema financiero y comercial del mundo entero, con una enorme ventaja industrial y militar sobre todo el resto de los países. Los acuerdos de Bretton Woods y el Plan Marshall cimentaron las estructuras de este nuevo ordenamiento, que tenía al dólar norteamericano como centro de gravedad. Esto permitió acabar durante este periodo con las “guerras monetarias” que habían caracterizado la etapa anterior (Rieznik, 2010: 18), suavizando de esta forma las tensiones inter-imperialistas por algunas décadas.

En Europa Occidental, el régimen capitalista logró estabilizarse tras los primeros años de posguerra. Como desarrollamos en el apartado anterior, la dirección estalinista de los PCs colaboró activamente en dichos países para reconstruir la gobernabilidad burguesa tras la derrota de los regímenes fascistas, sentando las bases para el relanzamiento económico del capitalismo. Esto fue facilitado también por el peso inercial de las derrotas políticas sufridas por los trabajadores en el periodo anterior –donde gran parte de los cuadros revolucionarios de la clase obrera fueron liquidados por el nazismo, el fascismo y el franquismo. De esa manera, se debilitó la continuidad de las tradiciones revolucionarias socialistas entre el proletariado.

Por otra parte, la enorme destrucción de fuerzas productivas provocada por la Segunda Guerra Mundial abrió la posibilidad de que se desarrollara un nuevo gran estímulo a la economía capitalista a través de la reconstrucción de Europa. Todo esto permitió el comienzo de un nuevo ciclo de crecimiento económico (conocido como “los treinta gloriosos” o el “boom de posguerra”), que duró –en su mayor intensidad– aproximadamente dos décadas. Las condiciones económicas del capitalismo mundial recién comenzaron a deteriorarse hacia fines de los 60, como se hizo visible con las devaluaciones de la libra y del oro (Rieznik, 2010). Sin embargo, los desequilibrios solo desembocarían en una crisis a gran escala a mediados de la década del 70.

En Europa Occidental estos veinte años de crecimiento económico significaron un enorme contraste con las condiciones vigentes en el periodo 1914-1948. A diferencia de dicho periodo, en la segunda posguerra no hubo situaciones catastróficas para las condiciones de vida de las masas como las que fueron originadas por la Primera Guerra Mundial –en las que el hambre, las masacres y la devastación fueron las premisas objetivas de la Revolución Rusa, de la alemana y de toda la oleada revolucionaria europea. Tampoco ocurrieron en la segunda posguerra situaciones como las hiperinflaciones alemanas de la década del '20, o como el desempleo masivo que había vivido el mundo capitalista en la década de los '30 -subproducto del crack de Wall Street.

Por el contrario, el nuevo ciclo de crecimiento económico iniciado en la segunda posguerra permitió a los gobiernos capitalistas de Europa Occidental realizar una serie de importantes concesiones económico-sociales a las clases obreras de sus países, para evitar una posible radicalización de las mismas: la puesta en pie de los así llamados “Estados de bienestar”, que llevaron a una fuerte reducción de la tasa de desempleo, a una expansión de los sistemas de seguridad social y a una elevación general del nivel de vida de los trabajadores y las masas populares. A esto se sumó también una importante concesión política: la extensión en casi todos los países de las democracias parlamentarias (con voto universal), con la excepción de la península ibérica.

Sobre estas nuevas bases, el capitalismo pudo construir en Europa Occidental una hegemonía bastante más profunda que la que existía hasta el momento. Este edificio político, económico, social y cultural no suprimió los antagonismos de clase, pero logró disminuir su intensidad a lo largo de todo el periodo, bloqueando el desarrollo de una tendencia a la autonomía política de la clase obrera. Un ejemplo de esto es que sólo con el estallido del Mayo Francés en 1968 los obreros volvieron (por primera vez desde el '36) a cantar la Internacional y a levantar las banderas rojas dentro de las fábricas (Rieznik, 2010: 52).

Esto significó un enorme contraste con los períodos políticos anteriores, donde sí habían ocurrido grandes convulsiones internas de la lucha de clases, con epicentro en el proletariado –especialmente el de la gran industria. Entre 1914 y 1939 Europa Occidental había sido sacudida por fenómenos como la revolución alemana (1918-1923), los consejos obreros en Italia en 1920, la huelga general en Inglaterra en el '26, las sucesivas revoluciones y guerra civil en España (1931, 1934, 1936-39), las ocupaciones de fábrica en Francia en el '36, los choques callejeros permanentes entre la izquierda y el fascismo en toda Europa a lo largo de todo este periodo. También en la etapa anterior, entre finales del siglo XIX y principios del XX, Europa occidental vio nacer y crecer grandes movimientos de agitación socialista proletaria, como los de la II Internacional y el anarquismo revolucionario, con una conciencia política radicalizada y métodos de acción directa.

En el periodo 1948-1968 (hasta la irrupción del Mayo Francés) hubo en varios países de Europa occidental una fuerte presencia de movimientos huelguísticos (tanto sectoriales como generales) algunos de ellos inclusive muy duros. Pero no existió (visto de conjunto) el mismo nivel de radicalización política que en los períodos anteriores. La subjetividad política de la clase obrera no era ya la misma que en entreguerras o en el periodo formativo de las organizaciones socialistas. A lo largo de esos veinte años, el capitalismo de los países imperialistas avanzados no fue seriamente cuestionado por sus trabajadores: los conflictos existentes pudieron ser canalizados dentro de la lógica de la conciliación de clases. Las organizaciones tradicionales del movimiento obrero (socialdemócratas, laboristas y del “comunismo oficial”, es decir, estalinistas) avanzaron cada

vez más hacia la integración al régimen político y la burocratización.

Esta imagen de “estabilidad” que se desprende de las condiciones económicas, políticas y sociales en las grandes potencias imperialistas, sin embargo, solo permite comprender uno de los aspectos del mundo de la posguerra. Para llegar a una comprensión global de la realidad política internacional en ese periodo es necesario incorporar otra tendencia que operaba en el sentido completamente opuesto. Podría considerarse inclusive que el mundo tenía en esos veinte años dos “ritmos” totalmente diferentes, aunque conformando una unidad interrelacionada.

Alejándose de las “metrópolis” imperialistas de Europa y Estados Unidos, la situación política era de todo menos “estable”. En el mundo periférico, mayormente rural o de desarrollo industrial atrasado –conformado por las antiguas colonias o semicolonias de Asia, África y América Latina, o por las regiones de Europa Oriental¹ en las que había sido derrotado el nazismo- se sucedían una tras otra grandes revoluciones y enormes enfrentamientos con el imperialismo: los casos más emblemáticos fueron las revoluciones china, cubana y vietnamita, así como la descolonización de Argelia, de la India y de muchos otros países. En Bolivia, una revolución encabezada por los mineros barrió con el antiguo régimen político. En Europa Oriental, a los procesos de expansión “por arriba” del sistema de Estados llamados “socialistas”, se sumaron algunas revoluciones “por abajo” como la yugoslava, o la guerra civil en Grecia.

En muchos de estos casos, las revoluciones triunfantes establecieron nuevas formas de Estado, que expropiaron a los capitalistas y llevaron adelante profundas reformas agrarias. Los regímenes políticos surgidos de estas revoluciones copiaron también las estructuras económicas y políticas que había adoptado la URSS y el bloque oriental. Desde entonces, en un tercio del planeta regían formas de propiedad y de poder que no eran ya las del capitalismo, aunque no eran tampoco socialistas (Sáenz, 2004).

El poder no estaba allí en manos de la clase obrera, sino de una capa social burocrática privilegiada que se beneficiaba a través de la apropiación del excedente generado por el trabajo colectivo. De todos esos casos, solo en la URSS la clase obrera había estado previamente al frente del Estado (con la revolución de 1917), para luego ser desalojada del mismo con la degeneración burocrática del proceso. En el resto de los casos, en cambio, el proletariado nunca tuvo en sus manos las riendas del poder: se trató de revoluciones que tuvieron en su epicentro a partidos-ejércitos de extracción mayormente campesina, y en las que los trabajadores urbanos no jugaron ningún rol dirigente como clase social con partidos y organismos de poder propios. Esto configuró regímenes verticalistas donde estuvo ausente cualquier atisbo de democracia proletaria, bloqueando el paso a una auténtica transición al socialismo (Sáenz, 2004).

Estas enormes convulsiones y procesos revolucionarios en el mundo periférico, colonial y atrasado moldearon a toda una generación militante e intelectual de izquierda en perspectivas radicalizadas a lo largo del planeta, especialmente en el movimiento estudiantil, y también en sectores de vanguardia del movimiento obrero. Sin embargo, este importantísimo hecho no modifica lo esencial del período en Europa Occidental: la inexistencia de nuevas revoluciones obreras que pusieran en cuestión la propiedad capitalista en las grandes potencias imperialistas. Esto no pudo dejar de tener un fuerte impacto en la mentalidad de los intelectuales marxistas del periodo, tal como sostiene Anderson en “*Consideraciones...*” (1979:36). Por un lado, fortaleció algunas tendencias “derrotistas” en relación a la perspectiva revolucionaria proletaria, desarrollando la idea de un aburguesamiento del proletariado. En grandes sectores de la intelectualidad, las

ilusiones de transformación social se trasladaron en muchos casos a la periferia, ligadas a una ideología de guerrillerismo rural –que algunas tendencias soñaron inclusive, de manera muy poco atinada, trasladar al interior de la propia Europa occidental. Las condiciones objetivas facilitaron el desarrollo de tendencias como el guevarismo y el maoísmo, a expensas del marxismo revolucionario clásico que siempre comprendió a la revolución socialista como una tarea histórica del proletariado.

Por otro lado, todo esto fortaleció en las potencias imperialistas avanzadas y democráticas las perspectivas de tipo reformista o gradualista (tanto en sus versiones socialdemócrata como del “comunismo oficial”), que negaban un “asalto al poder” y consideraban en cambio un desarrollo de posiciones en el marco del sistema parlamentario, acompañada por transformaciones en la esfera cultural y en el desarrollo de instituciones populares no gubernamentales. Esto contribuyó a que en estos países no se retomara, durante el período estudiado, el debate estratégico revolucionario que sí había estado presente en períodos anteriores -tal como relata Anderson en su capítulo “Las estrategias” (rescatando al autor británico William Morris de fines del siglo XIX), o como los debates en los que intervenía apasionadamente Rosa Luxemburgo en ese mismo período y a comienzos del siglo XX.

En 1968 estalló en Francia la enorme huelga general conocida como “Mayo Francés”, sacando a la superficie una serie de contradicciones político-sociales acumuladas a lo largo de todo el período estudiado, y lanzando ondas de choque hacia todo el planeta (produciéndose réplicas en pequeña o gran escala en muchos países). Su irrupción tuvo el potencial de transformar completamente las condiciones políticas señaladas, al volver a plantear grandes convulsiones en las potencias capitalistas avanzadas de Europa y al volver a poner en el centro del escenario político al proletariado. Esto permitió, como explica Anderson en *Consideraciones...*, el crecimiento de otras tendencias políticas diferentes a las del “marxismo occidental” y el “socialismo humanista”, centralmente el trotskismo (1979:119). Sin embargo, tampoco se logró un completo “cambio de paradigma” en el terreno de la intelectualidad de izquierda: por un lado, ésta ya se había formado durante veinte años de hegemonía estalinista, derrotismo y aislamiento, cristalizando mentalidades muy difíciles de revertir. Por otro lado, los nuevos acontecimientos no llegaron tampoco a convertirse en revoluciones en toda la regla, que sacudieran los fundamentos objetivos de la realidad política europea. De esta manera, las condiciones objetivas de la lucha de clases no volvieron a favorecer hasta la fecha un giro “en masa” hacia posiciones revolucionarias de la intelectualidad de izquierda en Europa Occidental.

Conclusiones

Como venimos desarrollando, la cosmovisión político-filosófica de los intelectuales de izquierda en el período 1948-1968 en Europa Occidental estuvo fuertemente ligada a las condiciones políticas de su formación. En este artículo explicamos dos aspectos de estas condiciones: el legado ideológico-estratégico-programático de los Partidos Comunistas de inspiración estalinista, y la ausencia de una clase obrera radicalizada en el mundo capitalista avanzado en ese período que marcara con su accionar un polo político independiente (ejerciendo de esa manera su atracción sobre los intelectuales de izquierda).

Estos dos aspectos confluyeron para conformar una mentalidad en la que estuvo ausente la concepción marxista clásica de la revolución socialista. En esa concepción

(desarrollada por figuras como Marx y Engels, Rosa Luxemburgo, Lenin y Trotsky), la estrategia revolucionaria consistía en la conquista del poder político por el proletariado, lo cual implica una ruptura con el Estado capitalista y sus instituciones, la formación de organismos de poder dual (de tipo soviético) y eventualmente una confrontación a gran escala con las fuerzas contrarrevolucionarias.

En la concepción de la posguerra en Europa Occidental, esa visión estratégica fue reemplazada por otra en la que predominaban los elementos de continuidad con las instituciones del régimen capitalista (tales como sus Parlamentos), así como se minimizaban o negaban los elementos de confrontación violenta entre las clases sociales. Esta es por lo menos la visión que presenta E.P Thompson en las citas recogidas por Perry Anderson en su capítulo "Las estrategias" del libro citado.

Con estos elementos en mente, se puede avanzar a una mayor comprensión del marco teórico y estratégico de las posiciones políticas y de las elaboraciones historiográficas de E.P Thompson, así como de todo un sector de la intelectualidad de izquierda de la segunda posguerra. Los aportes del "socialismo humanista" y del "marxismo occidental", que conservan una gran influencia en el mundo académico de la actualidad, pueden leerse y ser discutidos a través de este prisma.

Notas

1 La victoria del Ejército Rojo de la URSS sobre las fuerzas del nazismo en la Segunda Guerra Mundial le permitió a la primera llegar hasta el corazón de Berlín, expandiendo enormemente su esfera de influencia. La mayor parte de Europa Oriental vio en los años subsiguientes la instalación de gobiernos afines a Moscú que calcaron sus estructuras económicas y políticas (Polonia, Hungría, Bulgaria, Checoslovaquia, Rumania, Albania). De esta manera el capitalismo fue barrido de una importante parte de Europa, aunque a diferencia de la Revolución Rusa de 1917 esta vez no ocurrió como producto de grandes revoluciones obreras sino como resultado de la acción “desde arriba” de los Estados pro-soviéticos (Sáenz, 2004). Las clases obreras de estos países no tendrían un rol protagónico en estos procesos, y más adelante terminarían por levantarse contra los regímenes burocráticos.

Bibliografía

- Anderson, Perry. *Consideraciones sobre el Marxismo Occidental*, Siglo XXI de España Editores, S.A., 1979.
- Anderson, Perry. *Teoría, política e historia. Un debate con E.P Thompson*. Siglo XXI, 1985.
- Comité Central del Partido Comunista de España. *Historia del Partido Comunista de España*, Éditions Sociales, París, 1960. Consultado en <http://www.filosofia.org/his/1960hpce.htm>
- Communist Party of Great Britain. *The British Road to Socialism (Programme adopted by the Executive Committee of the Communist Party)*, January, 1951. Consultado en <https://www.marxists.org/history/international/comintern/sections/britain/brs/1951/51.htm>
- Mandel, Ernest. *Las consecuencias de la 2ª Guerra Mundial*. México, 1991. Consultado en https://www.ernestmandel.org/es/escritos/txt/las_consecuencias_de_la_2_guerra_mundial.htm
- Mandel, Ernest. *Los amargos frutos del “Socialismo en un solo país”*. 1977. Consultado en <http://www.ernestmandel.org/es/escritos/pdf/mandelamargosfrutos.pdf>
- Mandel, Ernest. *Peaceful Coexistence and World Revolution*. 1970. Consultado en <https://www.marxists.org/archive/mandel/1970/xx/coexistence.htm>
- Mandel, Ernest. *Lecciones de mayo del 68*. Julio de 1968. Consultado en <https://www.marxists.org/espanol/mandel/1968/julio.htm>
- Rieznik, Pablo; Rabey, Pablo; Poy, Lucas; Duarte, Daniel y Bruno, Diego. *1968, un año revolucionario*. Editorial OPFyL. Buenos Aires, 2010.
- Sáenz, Roberto. *Crítica a la concepción de las revoluciones “socialistas objetivas”*, Revista Socialismo o Barbarie n° 17-18, noviembre 2004, consultado en <http://www.socialismo-o-barbarie.org/?p=6388>